

FRANCISCO COREAL Y SU VIAJE A LAS INDIAS OCCIDENTALES

Por: GABRIEL GIRALDO JARAMILLO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 1, Volumen XI
Primer Trimestre de 1953*

LA OBRA

En el año de 1722 aparece en Ámsterdam la primera edición de los viajes a las Indias Occidentales de Francisco Coreal en tres volúmenes (1); en ese mismo año las prensas parisenses de A. Cailleau dan a la estampa una nueva edición en dos volúmenes, (2) que es seguida por una idéntica edición parisense, casi totalmente ignorada, de Noel Pissor (3); en 1736 se publica una reimpresión de las ediciones francesas en Bruselas por F. Foppens (4), y por último el primer editor holandés, Bernard, lanza una última edición en Ámsterdam en 1738 (5). El título de la obra es el siguiente: "VOYAGES DE FRANCOIS COREAL AUX INDES OCCIDENTALES CONTENANT CE QU'IL Y A VU DE PLUS REMARQUABLE PENDANT SON SEJOUR DEPUIS 1666 JUSQU' EN 1697". Se agrega que ha sido traducida del español. El original no se conoce, jamás fue publicado y parece definitivamente perdido.

En realidad los viajes de Coreal comprenden sólo el primer volumen de las ediciones de París y Bruselas, y el primero y parte del segundo de las de Ámsterdam. Los otros tomos contienen una serie de breves relatos de viaje, de diversos autores, traducidos unos del inglés, otros del español, la mayoría de positivo interés y algunos de ellos muy poco divulgados. Esos relatos que varían en número según las ediciones, son los siguientes:

1. Relación de la Guayana... por el caballero Walter Raleigh.
2. Relación de la Guayana, traducción del inglés del Capitán Keymis.

3. Relación en forma de Diario del descubrimiento de las islas Palaos, o nuevas Filipinas.
4. Diario de viaje del Capitán Narbrough al mar del sur...
5. Relación de un viaje a las tierras australes desconocidas sacado del diario del Capitán Abel Jansen Tasman.
6. Carta del Padre Nyel sobre la misión de los Moxas. ..
7. Relación española de la misión de los Moxas en el Perú. Por Antonio de Orellana. Impreso en Lima por orden de Monseñor Urbano de Matha, Obispo de la ciudad de La Paz (1704).
8. Descubrimiento de las Indias Meridionales.
9. Primer viaje de Álvaro de Mendaña, comunicado por el doctor Cristóbal de Figueroa (Sacado de la Historia del Marqués de Cañete, Virrey del Perú).
10. Segundo viaje de Álvaro de Mendaña...
11. Descubrimiento de las tierras australes por Quirós en 1605.
12. Extracto de la relación de las Indias Occidentales de fray Juan de Torquemada.

La obra de Coreal ha tenido una suerte en extremo contradictoria; aparece en una época en que la literatura de viajes vive uno de sus momentos más brillantes; el siglo XVIII es en realidad el siglo del exotismo literario, de la curiosidad universal, de las preocupaciones eruditas; el siglo que recoge toda la tradición intelectual de las épocas anteriores para catalogar los materiales, ordenarlos, clasificarlos y ensayar su interpretación. Si el XVI fue el siglo de la aventura, y el XVII el de la creación literaria y clasicista, el XVIII fue el siglo curioso por excelencia y en el cual la literatura exótica, constituida esencialmente por las relaciones de viajes, debía ejercer una profunda influencia en todas las formas de vida, en la literatura como en las artes, en la filosofía como en la pedagogía, en la política como en las ciencias. (6).

Los hombres del siglo XVIII son infatigables lectores de relatos de viajes; de viajes reales o imaginarios; en Ámsterdam se publica una Biblioteca de Viajes Fantásticos que comprenden 30 volúmenes (7). Aparecen las grandes colecciones de viajes de Barrow (8) de Churchill (9), de Schwabe, (10) de Vander Aa. (11).

Los hombres representativos de la época, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Diderot —para solo mencionar cuatro hitos en el pensamiento francés— se inspiran en las relaciones de viajeros, misioneros y cronistas. América sobre todo es mirada con curiosidad e interés; sus viejos historiadores castellanos que comienzan a ser traducidos y divulgados, son leídos con pasión; sus instituciones políticas, sus costumbres sociales, las formas de su vida económica, las modalidades de su sentimiento religioso van a servir de fuente de inspiración no solo a los poetas y a los

novelistas sino a los pensadores y a los ideólogos. Atahualpa será vivo ejemplo en las argumentaciones del "Espíritu de las Leyes" (12), y el indio americano estará presente en tragedias como "Alzira" (13), en novelas como "Los Incas" (14), en relatos sentimentales como las "Cartas de una Peruana" (15). No es de extrañar, pues, que la obra de Coreal haya gozado en su tiempo de amplio prestigio y que pensadores ilustres y pacientes investigadores hubieran invocado su testimonio.

En nuestros días Coreal ha sido completamente olvidado y su libro para los pocos que lo han conocido está teñido de una sombra de falsedad; escasos son los investigadores que lo citan y que apoyan sus argumentos en las observaciones del problemático viajero español. A pesar de la riqueza de sus noticias geográficas, etnológicas y aún de carácter social, sobre una de las épocas menos conocidas de la historia de América —la segunda mitad del siglo XVII— raras veces se encuentra mencionado su nombre. Sin embargo su libro encierra documentos preciosos sobre la vida hispanoamericana colonial, agudas observaciones sobre la marcha de estos reinos, sobre su pasado y su futuro, sobre la situación del indio, sobre la mentalidad de españoles y criollos, sobre el comercio intercolonial, sobre numerosos aspectos que difícilmente se encuentran en documentos contemporáneos. Es uno de los raros libros de viajes sobre la América del siglo XVII, pues si el siglo XVI fue fecundo en obras históricas y geográficas y en la segunda mitad del XVIII se abrió algo el camino de las Indias, muy pocos son los relatos directos de aquella época, la más trascendental desde el punto de vista de la formación social y política del Nuevo Mundo, pues constituyó el guión que separó el ímpetu inicial de la conquista, todo fuerza desenfrenada y caótica, y la madurez institucional del siglo XVIII, precursora del movimiento independentista. El siglo XVII es en verdad época de asimilación de los dos mundos que enfrentó el descubrimiento colombino: la tierra, ya relativamente pacificada, ve florecer las urbes americanas que si bien son trasunto fiel de las villas peninsulares, tienen su fundamento indígena; la población ha comenzado a estabilizarse gracias al intenso mestizaje del siglo anterior y las clases sociales se van diferenciando cada vez de manera más vigorosa; la administración española, precaria en sus comienzos, ha asentado ya sus reales en tierras de América y la burocracia ha adquirido preponderancia económica y social; florecen las artes y las letras que entre nosotros ilustran los nombres de Aceros, Figueroas y Vásquez Ceballos, de Juan Rodríguez Freyle, Francisca del Castillo y Hernando Domínguez Camargo.

Aunque los viajes de Coreal gozaron en su tiempo de merecida fama han desaparecido en nuestros días no sólo de los anaqueles de las bibliotecas pero aún de las bibliografías sobre América y solo se les menciona con cierta reticencia en catálogos de curiosidades bibliográficas. Ninguna biblioteca pública colombiana, hasta donde llegan nuestras búsquedas, conserva esta obra mucho más valiosa

para la historia y la geografía de América y aun de Colombia, que otros relatos mediocres que sin embargo no han perdido ni su interés ni su vigencia.

Es cierto que la posteridad ha sido ingrata con algunos investigadores de nuestra historia cuyas obras han sido injustamente relegadas al olvido; bastaría mencionar dos casos realmente impresionantes, los de los jesuitas Gilij y Coleti, autor el primero de la más completa relación de las tierras y pueblos del Orinoco (16) y precursor el segundo de la geografía americana con su valioso "Diccionario Histórico-Geográfico de la América Meridional" (17).

Otro tanto ha pasado con Francisco Coreal, aunque sobre su nombre y su obra no sólo se ha extendido un manto de olvido y de indiferencia sino que sin razones válidas y aceptando el juicio apresurado de algún gratuito malqueriente se le ha querido privar de todo valor y aún de toda autenticidad.

EL AUTOR

¿Quién fue este Francisco Coreal y qué noticias nos quedan de su vida y aventuras en América? De su biografía solo tenemos las magras noticias que él mismo nos da en su libro y ningún otro documento ni contemporáneo ni actual hemos encontrado que nos suministre mayores informes.

Era español y nacido en Cartagena en el año de 1648, pues al iniciar el relato de sus viajes y dar cuenta de su partida de España el 19 de mayo de 1666, como "aprendiz de mariner" en un barco que partía para las Indias, dice: "salí de Cartagena, mi patria, a la edad de diez y ocho años, lleno de pasión por viajar, animado de aquella curiosidad tan común en los jóvenes y que cuando, como en mi caso, no está sostenida por la prudencia, se convierte fácilmente en libertinaje". No olvidemos que no es el joven entusiasta quien escribe sino el viejo arrepentido de toda una vida de aventuras, y de regreso ya de muchas dolorosas experiencias. El viaje no era entonces fácil, sobre todo para quien, como Coreal, debió pagar su pasaje con el rudo trabajo a bordo, pero todo lo soporta en la esperanza de llevar una vida agradable y próspera en América "en donde solo se trata —dice con toda franqueza— de pillar a expensas del Rey y de los indios".

Es, pues, el emigrante clásico que sin cumplir la mayor edad abandona la patria en busca de mejores posibilidades; pero Coreal no se convertiría como tantos otros en un sedentario colono español, sino que viajaría sin descanso por espacio de largos años y regresaría, viejo ya, a su nativa Cartagena, a escribir los recuerdos de su largo peregrinar en tierras de Indias.

Embarcado en Cádiz en 1666, visita las Antillas deteniéndose en casi todos los puertos importantes; en 1669 viaja a la Florida y cinco años después llega a tierras mejicanas en donde vive algunos años que considera los mejores de su vida” porque aparte de la juventud, disponía de dinero y conservaba el respeto y mucha veneración hereditaria por nuestros santos padres espirituales”, lo que, según declara socorridamente, era indispensable para vivir bien en México.

Pero el mar lo atrae y de nuevo toma plaza de marinero a órdenes del filibustero inglés Capitán Casson en cuya compañía visita el Darién y recorre la costa colombiana del Caribe describiendo a Cartagena y Santa Marta y dando interesantes noticias sobre sus habitantes y costumbres. Pero han transcurrido ya diez y ocho años de peregrinar y la nostalgia de la patria lo hace emprender el viaje de regreso que inicia en Jamaica el 13 de mayo de 1684; después de una breve escala en Inglaterra continúa hacia Cartagena en donde debía encontrar desolado el hogar paterno y muertos todos los parientes cercanos.

Solo un año permanece en España, pues en julio de 1685 emprende de nuevo viaje hacia América dirigiéndose al Brasil; llega a Bahía el 31 de octubre y tres meses después es comisionado para llevar provisiones a los portugueses establecidos en la capitanía de San Vicente lo que le da oportunidad de visitar el interior del país. Permanece en el Brasil hasta 1690, “y puedo decir que el tiempo allí pasado fue el mejor de mi vida”; se dirige luego por tierra al Paraguay pero las dificultades de la ruta lo obligan a tomar un barco que de Río lo conduce a Buenos Aires en donde vive seis meses y no deja de ponderar la importancia de su comercio y la excelente calidad de la carne y los cueros.

De Buenos Aires viaja a Potosí en donde lo encontramos en 1692; en su libro nos habla de la fuerte impresión que le produce la riqueza de la ciudad y el lujo de sus habitantes aunque no deja de advertir, con su habitual sagacidad, que esa riqueza es producto del esfuerzo de los naturales que trabajan como esclavos en las minas. La ciudad de los Reyes lo atrae y a ella se encamina en 1694; la opulencia de Lima y el poder del clero lo impresionan hondamente: “basta con decir que el dominio de la Iglesia es otro Potosí”, dice, refiriéndose a las riquezas de los templos. Parece que el año de vida en Lima le trajo no pocos sinsabores y que estuvo mezclado en algún proceso de la Inquisición, lo que explica en parte su anticlericalismo y sus críticas a la vida limeña; dice que sus habitantes no deben nada a los de México en cuanto a devoción y que se consideran los mejores cristianos del mundo, y maliciosamente comenta: “esto los hace insoportables sobre todo cuando se compara esta pretendida devoción con la gran sensualidad de los peruanos, con los fraudes que cometen en los negocios civiles y las querellas perpetuas que no son sino demasiado autorizadas

cuando se ha encontrado el secreto de corromper a aquellos que deben administrar justicia". En boca de un holandés residente en Lima "uno de los hombres más inteligentes que conocí" pone estas palabras: "No me asombra en absoluto que se robe al Rey en un país en donde la intriga tiene lugar de justicia, en donde no hay por toda religión sino mucha hipocresía y en donde las gentes compran a precio de plata la libertad de pecar".

A fines de 1695 se encamina a Quito en donde permanece durante dos meses, dirigiéndose luego a Popayán en el convoy que lleva el comercio al Nuevo Reino; se detiene en Pasto y en Popayán en donde continúa hasta Cali y luego en doce jornadas "con mucho peligro y fatiga" llega a Buenaventura. En la imposibilidad de continuar por tierra se embarca con rumbo a Panamá, pasa luego a la Habana en donde permanece parte del año de 1697 y en agosto emprende el viaje de regreso definitivo llegando a Cádiz a fines de septiembre de ese año de 1697, después de 31 años de viajes en el Nuevo Mundo.

La guerra de sucesión que amenaza estallar lo obliga a viajar en 1700 a Inglaterra; por dos veces visita a Holanda a fin de disponer de algunos efectos que tenía en poder de comerciantes de este país, y a comienzos de 1707 vuelve a su ciudad en donde se consagra a escribir su obra que termina el 25 de febrero de aquel año con estas piadosas palabras: "Y espero acabar y morir aquí como buen cristiano, en la comunión de la Iglesia, nuestra Santa Madre, en el temor de Dios y de Jesucristo mi salvador, del cual imploro misericordia y bajo el Gobierno de mi Soberano Señor y Rey legítimo Don Felipe, quinto de su nombre. Ruego a Dios que lo haga prosperar y que lo mantenga en su trono, a pesar de los esfuerzos de quienes se han ligado contra él para arrebatarse su corona".

Calla el testimonio de Coreal y nada volvemos a saber de su vida; catorce años más tarde las prensas de París y de Ámsterdam publicarían una versión francesa no exenta de incorrecciones, que será como una nueva partida de nacimiento del incansable trotamundos cartagenero. El original español desapareció y hasta nuestros días se ha considerado como definitivamente perdido; pero para algunos eruditos, como se verá adelante, el texto español jamás existió, y su autor es tan sólo algún anónimo compilador que inspirándose en múltiples relatos escribe los "Viajes de Francisco Coreal a las Indias Occidentales".

FRANCISCO COREAL EN EL NUEVO REINO DE GRANADA

Pero antes de entrar de lleno en el problema del autor de los "Viajes" y de señalar las notas características de su relato, conviene considerar su aporte a la geografía del entonces Nuevo Reino de Granada, y seguir sus pasos a través del territorio colombiano.

Como se ha visto, Coreal recorrió las costas de Tierra Firme en el año de 1681 en compañía del filibustero inglés Capitán Cosson; sus noticias sobre las ciudades del Nuevo Reino no son muy extensas, pero sí en ocasiones bastante originales. Coreal no se limita al relato escueto del "derrotero" seguido sino que se ocupa de la historia de los países visitados, de las costumbres y naturaleza de sus habitantes y de la condición de los aborígenes.

En el largo recorrido del Darién a Santa Marta observa no sólo el país sino sus gentes, el desarrollo de las ciudades, el comercio, en el que parece que se ocupó en múltiples ocasiones, y tiene siempre frases de comprensión para los indígenas americanos. Refiriéndose a la Costa Atlántica, escribe: "Este país estaba habitado por pescadores a la llegada de los españoles; pero fueron aniquilados completamente, así como lo hicieron en otras partes del Nuevo Mundo. Sin embargo los habitantes de estas costas que hacen parte de la Audiencia de Santafé, o sea el Nuevo Reino de Granada, resistieron más tiempo y más valerosamente que los demás a la donación de su Santidad". Se refiere, como es obvio, el reparto hecho por Alejandro VI entre españoles y portugueses de sus zonas de influencia en América.

Cartagena que fue con razón la ciudad americana de mayor prestigio en Europa por su resistencia heroica a piratas y corsarios, le merece algunas páginas de interés especial: "La ciudad de Cartagena está ventajosamente situada sobre la costa a quince o diez y ocho leguas de las pequeñas islas de San Blas. La ciudad está dividida en alta y baja. La parte alta se llama propiamente Cartagena; la otra se llama Gasimana (sic) y es un barrio. Cartagena está muy bien fortificada y defendida con tres fuertes del lado del puerto".

Se refiere luego al comercio y a la importancia de la ciudad: "El tráfico de perlas que se hace en Cartagena es tan considerable que todo un barrio de la ciudad no tiene otra ocupación que la de escogerlas, agujerearlas y hacer collares y brazaletes. Además, de varias provincias de la Nueva España se importa el índigo, la cochinilla, azúcar, oro, plata etc. De suerte que esta ciudad es una de las más ricas y más importantes de América".

Continuando su viaje hacia el oriente menciona Coreal el Río Grande de la Magdalena y pondera la belleza y comodidad de la bahía de Santa Marta consagrando algunas líneas a la descripción de la ciudad: "Las casas son muy limpias y adornadas de esteras de junco hechas con mucha habilidad. Tienen también tapices de algodón que representan toda clase de animales. Los habitantes que son españoles venidos de Europa y criollos, tienen el mismo carácter que los de México y Cartagena y otros lugares de Indias, aman la molición y son celosos de su autoridad y de sus riquezas, de las que hacen gustosa ostentación; por lo demás son perezosos, voluptuosos, devotos e ignorantes; tiranizan a los indios que no consideran como hombres y tienen el descaro de decirlo". La pintura del criollo americano es dentro de su brevedad tan cruel como certera; pocos escritores han dicho más en menos palabras y ninguno ha logrado captar con más exactitud y describir con más claridad el temperamento del hombre colonial.

Pero es en su segundo viaje a América, después de recorrer todo el sur del Continente a partir del Brasil, cuando Coreal visita con más detenimiento el territorio de la hoy república colombiana; el viaje que emprende desde Quito hasta Buenaventura en 1696 nos suministra datos preciosos sobre la vida y costumbres de los habitantes; sus noticias son tanto más valiosas cuanto esa región, una de las más apartadas y desconocidas del Nuevo Reino, casi nunca fue visitada y rara vez descrita y son en extremo escasos e incompletos los relatos que sobre ella se conservan.

Parte de Quito con el convoy de mercancías que periódicamente hacía el viaje a Popayán llevando telas de fabricación quiteña, canela del país de los Quixos, hierro, cobre, vino, variadas telas europeas, encajes de oro y plata, hilos y muchas obrillas de mercería que según lo informa el viajero "se negocian con cuatro a quinientos por ciento de provecho con los indios del interior". Se transporta igualmente mucho maíz y otros granos.

Pasadas las montañas de Quito el camino hasta Pasto que es el antiguo "Camino Real" es bastante agradable. En él se encuentra San Miguel de Ibarra, "ciudad pequeña poblada de criollos y de indios que los españoles llaman indios bravos porque les hacen buena guerra".

Estos indios ocupan todo el país plano hasta el mar, y "los que pueden ser capturados por nuestras gentes son enviados a las minas del Perú o de Popayán".

El itinerario de Pasto a Popayán bien merece ser citado detalladamente pues es quizás la única descripción que de él se conserva: "Pasto es una ciudad muy hermosa habitada por algunos centenares de criollos y de indios sujetos, entre los cuales se hallan sesenta o setenta españoles.

Después es muy difícil y peligroso el camino, tanto a causa de los indios salvajes que no dan cuartel a quien capturan, como por las montañas que deben atravesarse que están llenas de peligrosos precipicios. Los viajeros no deben jamás atravesar este país sino en gran número y bien provistos de armas de fuego que son igualmente necesarias para ahuyentar a las fieras y a los indios. No deben abandonar los convoy ni apartarse del camino real, porque no hay bosques ni desfiladeros donde no estén amenazados de alguna emboscada”.

“Los indios de Popayán y los alrededores de esta provincia tienen por habitación las cuevas de las rocas o cuando más, pequeñas chozas de palmito. Hablan de manera tan gutural y en un tono tan ronco y tan sordo que es difícil distinguir sus palabras a menos que se esté habituado a oírlos. Las mujeres están vestidas de una falda de tela y un delantal de algodón que les ciñe el cuerpo. Los hombres llevan una especie de camisa que apenas les llega a la mitad del muslo. Se adornan la nariz y las orejas con anillos de oro y de piedras que yo tomé por esmeraldas; en los brazos y en las piernas llevan brazaletes de vidrio y de coral que prefieren a todo el oro del mundo y en la cabeza, plumas de diversos colores. Tienen por lo menos tanto apego a las pequeñas bagatelas que cambian, como nosotros al oro y a la plata. En lo que se refiere al valor lo son hasta el furor y tratan sin piedad a los españoles como ya lo he dicho. Tienen cuidado de inculcar este odio en el espíritu de sus hijos y de enseñarles minuciosamente la fecha y la época de la conquista de sus tierras. Tienen como en todas las partes del Perú cordones que nombran Guapas y cuyos nudos les sirven de anales. Los indios de Popayán muestran a sus hijos los nudos que indican la llegada de nuestras gentes a las Indias Occidentales y los exhortan a recordar que vino entonces del mar una tropa de ladrones con sus barcos alados para violar sus mujeres, para pillarlos, matarlos y destruirlos”, y agrega que esta noticia la obtuvo en Popayán.

“Popayán que se tiene por la capital del país porque le comunica y recibe de él su nombre, es la sede de un Obispo. Está a dos grados y quince minutos del norte. Todos sus habitantes son criollos o indios, a excepción de un corto número de españoles”.

“Viven muy cómoda y agradablemente. Pero las incursiones de los indios hacen poco seguros los alrededores de Popayán y en general puede decirse que la parte baja de esta provincia no está aún sometida. Benalcázar, primer conquistador del país, se dedicó más a fortificarse en él que a sujetarlo; y esta negligencia no la han podido reparar suficientemente sus sucesores. Así mismo se han visto obligados a abandonar muchas otras funciones por la dificultad de resistir a los indios.

Pero Coreal espera que la obra de los misioneros que “convierten muchos indios” vaya poco a poco

mejorando las costumbres y que la religión sea más eficaz que el uso de las armas.

“Sea como fuere, agrega, he observado que los criollos de esta provincias son bastantes diestros en el uso de las armas y resistentes a la fatiga. Son muy valerosos y no piensan tanto en los placeres como los de México y el Perú, lo que atribuyo a las guerras continuas que sostienen con los indios, lo que les impide vivir en la molicie. He observado igualmente que no tienen reparo en aliarse con los indios convertidos, y aún se casan con ellos a fin de hacerles olvidar a sus parientes y amigos. Esta política que es muy acertada se practica en Popayán y en el Paraguay mucho más que en otros países de las Indias Occidentales”.

“El oro y las piedras preciosas se hallan aquí con abundancia, y también se saca bálsamo, sangre de dragones, jaspe y una especie de ágata. Su situación es excelente pues de un lado tiene el mar y del otro las montañas en donde viven ordinariamente los naturales del país que aún no han sido sometidos. Nuestras gentes trafican con ellos y por medio de indios convertidos; pero estos trueques no se hacen nunca según el valor real de las cosas, porque estos pueblos estiman lo que se les ofrece en proporción de la necesidad que tienen de ello o del placer que encuentran en poseerlo”.

“De Popayán a Cali seguimos el camino principal. Cali es la residencia del gobernador de la provincia. Esta es una ciudad bastante agradable, situada al pie de las montañas, en la orilla del Cauca, río que tiene su origen en los montes que separan Perú del Popayán meridional. La inmediación de los indios bravos tiene a los habitantes en una desconfianza que contribuye a hacerlos más feroces y más astutos. Tiran con una exactitud extraordinaria, y entre sus armas tienen una especie de lanza de que no usan con menos habilidad. No se duda que las montañas inmediatas a Cali encierran minas de oro, pero el cuidado de los indios es extremado en ocultarlas; y entre los que se convierten no se encuentra ninguno que sepa el secreto”.

Coreal sigue la ruta del mar hacia Buenaventura “con mucho peligro y fatiga”: Desde Cali tuve que atravesar montañas pobladas de indios bravos; pero iba escoltado por algunos soldados que enviaba el Gobernador al Fuerte de Buenaventura. Íbamos bien abastecidos de pólvora y de armas de fuego con cuyo socorro llegamos al Fuerte en doce días de marcha. Después de haber pasado las montañas se encuentran indios más afables; en una de sus habitaciones que no temimos atravesar no hallamos más que un anciano y algunos niños. El anciano que parecía de unos sesenta y cinco años de edad nos dijo en muy mal español, que sus gentes estaban en el trabajo y que volverían al anochecer con las mujeres. Es costumbre del país que las mujeres trabajen en el cul-

tivo de las tierras, mientras que todos los hombres que pasan de doce años van a la caza. Al volver a sus habitaciones recogen a las mujeres, y toda la tropa viene cantando y bailando al son de una especie de flauta y de un tambor”.

Coreal que, como lo hemos visto, es un observador imparcial, hace sobre los indios de la región una observación tan interesante como atinada: “aunque parecen muy salvajes y muy estúpidos no por ello aceptan la violencia ni el desprecio y saben defender con valor su vida y su libertad”.

En Buenaventura demora Coreal poco más de una semana: “Nuestros españoles, como él dice, han construido allí un Fuerte para resguardar la costa en esta parte y tener a distancia a los indios de las vecindades. Este Fuerte encierra algunas casas de madera bastante pobres. Definiéndolo cuatro bastiones sobre los cuáles se han colocado algunas piezas de cañón de fábrica del Perú; pero sería necesario que este puerto tan importante estuviese mejor provisto de hombres y de municiones aunque no haya nada que temer en este lugar fuera de los piratas. Porque si los ingleses o los holandeses que hacen actualmente la guerra para arrebatarse a España su legítimo Rey y sustituirlo por otro a su gusto, encontrarán el medio, bajo este pretexto, de establecerse un día en el golfo del Darién, en la desembocadura del río, y si aliándose a los indios de las montañas que se encuentran entre la Audiencia de Santa Fe y la de Panamá, penetraran en el Mar del Sur, este Fuerte y la bahía, no resistirían seis horas de asalto”.

Después de tan sensato razonamiento estratégico, Coreal agrega: “Tiene la ventaja de ser el puerto y la escala de Cali, de Popayán, de Santa Fe y en general de las regiones meridionales de Tierra Firme. La bahía está por naturaleza tan bien dispuesta que con poco trabajo podría hacerse inaccesible”.

Termina allí el itinerario neogranatense de Coreal; pero su relato no es sólo un diario de viaje sino que intenta ser también un resumen de la historia y la geografía de los países que visita; por eso ensaya con fortuna un breve recuento de la historia natural de la provincia de Popayán, haciendo observaciones etnológicas de singular interés.

“Todos los indios de Popayán son bien formados. En tan largo viaje no vi tres que no fuesen de buena estatura. Tienen derecho el cuerpo, las piernas y los brazos bien torneados, y ancho el pecho. La mayor parte son muy ágiles y buenos corredores. Las mujeres son más pequeñas que los hombres pero agradables y vivas. Cuando jóvenes son garbosas, pero después se les afloja la piel y se les pone áspera, se les engruesa el cuerpo y de todas sus gracias no conservan más que la

vivacidad que les queda siempre. Generalmente ambos sexos tienen el rostro redondo, la nariz gruesa, los ojos grandes y llenos de fuego, la frente alta, la boca grande, los labios pequeños y los dientes blancos y sanos. Tienen los cabellos largos, negros y ásperos. Las mujeres se los trenzan o los atan simplemente con un cordón. El uso de los peines se les ha hecho familiar y es una de las mercancías que toman con más gusto en trueque y en la cual se gana más. Tienen muchos menos cabellos que los europeos, lo que se debe posiblemente al calor del clima. Sus soldados se los cortan en los novilunios. Siendo gracia entre ellos tenerlos engrasados y relucientes, se los untan, como el cuerpo, con varios ungüentos que no son nada sucios. También se pintan el cuerpo, y si no nacen enteramente blancos, no tienen, a lo menos en la primera edad, aquel color de cobre que adquieren a fuerza de pintarse y de vivir expuestos al sol”.

“El azul, el encarnado y el amarillo son los colores favoritos de los indios, así en el Popayán como en el Istmo. Renuevan con cuidado extremo, cuando se les empiezan a borrar en el cuerpo; y para hacerlos durar más tiempo, se pican ligeramente con espinas o huesos de pescado muy agudos en el paraje que quieren pintar, particularmente para representar allí alguna figura, y después se estregan con la mano que está teñida del color que les agrada más. Aunque en los grandes calores no tengan escrúpulos en dejar la especie de camisa que les sirve de vestido, es reservado siempre con qué cubrir la honestidad. Los niños de ambos sexos van enteramente desnudos pero tan sólo hasta el tiempo en que la naturaleza les hace conocer el peligro. Entonces se hace tan riguroso el recato en las doncellas que no vuelven a presentarse en público sin llevar un velo en el rostro”.

Coreal se refiere luego a las plantas, los frutos, los animales de la provincia de Popayán dando noticias muy exactas y estableciendo comparaciones con las de las otras regiones de Tierra Firme que ha recorrido y con las de los reinos del Perú.

Como se ha visto por los apartes transcritos el viaje de Coreal por tierras colombianas es un documento de importancia singular no sólo por las noticias que suministra y por el inteligente criterio que lo inspira, sino por tratarse de una región prácticamente olvidada en nuestros anales geográficos e históricos. Sin embargo, nunca ha sido aprovechado adecuadamente y, hasta donde llegan nuestras informaciones, ningún colombiano hasta hoy ha mencionado siquiera el nombre de este viajero que tan escrupulosamente recorre nuestro país en las postrimerías del siglo XVIII y que deja consignadas en un libro por muchos títulos digno de recordarse, impresiones directas, objetivas y verosíblemente auténticas, sobre la vida y costumbres de nuestros aborígenes.

EL VIAJERO FILÓSOFO

Queremos dar a esta expresión no su sentido actual, que sería desusado e impropio, sino el significado que tuvo en el siglo XVIII, y de que nos habla, quizás por vez primera, un gran aficionado a los viajes, Meusnier de Querlon (18).

El discutido viajero español representó a cabalidad el "honnête homme" de su tiempo, preocupado por todos los aspectos de la vida y de la cultura. Aunque probablemente vivió del comercio y sus actuaciones no fueron siempre intachables por lo azaroso de su existencia y la poco recomendable compañía de filibusteros y corsarios, su visión de América es más bien la de un intelectual que la de un aventurero ignaro. No hay aspecto ninguno de los países que visita que no llame su atención y merezca su interés; en una obra breve como la suya son innumerables las observaciones de orden social, político o económico; no describe sólo la geografía elemental de los lugares que recorre sino que ahonda en su historia, en las costumbres de los pueblos, señalando con fina perspicacia lo que hay de pintoresco o de curioso. Pero no cae sino raras veces en ese exotismo primario y escandaloso, de que dan muestras elocuentes algunos de los más sagaces viajeros europeos desde Vesputio y Walter Raleigh hasta Tomás Gage y Amadeo Frézier.

En Coreal no hay asomos de afán exhibicionista tan común en viajeros antiguos y modernos; su relato es discreto sin pecar de excesiva severidad; no es ni un geógrafo, ni un etnólogo, ni un naturalista, ni un historiador, ni un sociólogo pero aporta datos de positivo interés en todas estas disciplinas. No es en realidad el español común y corriente, pero sí es en todas sus manifestaciones profundamente español. Representa un tipo no escaso en su tiempo y en su medio que conjuga todas las contradicciones de una época sometida a tan diversas y contrarias influencias; es católico y anticlerical, realista fervoroso pero antigobiernista, español sincero y apasionado, pero permanente censor de España, pecador y arrepentido; que se repase la historia española en sus nombres representativos y se verá como todos los que han influido sobre los destinos de la Península llevan en sí un fermento de contradicción, un espíritu paradójico, una antítesis difícilmente comprensible para el extranjero pero que es la esencia misma, y aún diríamos, la máxima fuerza de España.

Francisco Coreal reúne las más preciadas condiciones del viajero filósofo tal como lo exigió el siglo XVIII; es discreto y no hace alarde de conocimientos especializados; refiriéndose al Brasil, escribe: "No me extenderé más sobre los animales del Brasil, pues no es mi deseo en modo alguno hacer la historia natural de ningún país. Es una materia que no conozco suficientemente para entrar en

detalles". Y al tratar de la provincia de Popayán hace esta advertencia que no deja de constituir una justa censura a muchos de sus colegas contemporáneos y actuales: "No deseo imitar a muchos viajeros que, para encontrar alguna cosa nueva, han inventado plantas, animales, hombres, costumbres y países que no existen en ninguna parte fuera de su imaginación".

Al comienzo de su relato dice: "Creo que no está mal que abone a mis lectores la pena de releer las cosas que se encuentran en todas las relaciones. Mi deseo es no escribir aquí sino cosas nuevas y útiles". Coreal cumplió en parte su ofrecimiento, pues en su libro todo es útil; sin embargo no resistió a la tentación de completar sus observaciones personales con las noticias de otros viajeros en lo que no hace más que seguir una tradición consagrada; Coreal es, sin embargo, y a pesar de lo que digan sus detractores, parco en los gratuitos préstamos a sus predecesores y solo podrá anotarse con justicia el extracto que hace de Jean de Léry al referirse a los indígenas del Brasil. La mayoría de sus observaciones son propias y originales; lógicamente coincide con otros autores en ciertos detalles o en apreciaciones de conjunto, lo que en el fondo abona su criterio y pondera sus dotes de observador.

A pesar de su buen juicio, probado en pasajes innumerables de la obra, Coreal aceptó como todos sus contemporáneos, algunas de las muchos consejos y exageraciones que circulaban sobre América; repite la vieja fábula de los gigantes americanos e insiste sobre el canibalismo de los aborígenes; cae por otra parte en el error tradicional, de tomar como carácter racial el albinismo de ciertas tribus del Darién. No debe de olvidarse, sin embargo, que Coreal escribía a principios del siglo XVIII y que no era hombre de ciencia como sí lo fueron muchos de los americanistas posteriores que han dado crédito a las más truculentas fantasías que circularon y siguen circulando sobre el Nuevo Mundo. Basta pensar en las agrias discusiones sobre los gigantes patagones, que ocupan numerosísimas páginas de Buffon, en las tribus que se alimentaban de olores, en los famosos "orejones", cuyo eco alcanza hasta comienzos del siglo XIX, o en aquella planta milagrosa que hacía maleables los metales y en la cual creyeron de buena fe algunos de nuestros viejos prehistoriadores.

En una época de persecución del indio y de dominio total del régimen español en América, la defensa de los aborígenes alcanza categoría heroica; Coreal es uno de los precursores del indigenismo y aunque no son muchos los pasajes de su obra en que defiende al indio, exalta sus virtudes y deplora su desgracia, bien merece figurar al lado de Las Casas, de Palafox y Mendoza o de nuestro buen Padre Juan Bautista de Toro. Ya hemos dicho que al iniciar su viaje anota que en América sólo se trata de "pillar a expensas del Rey y de los indios"; es curiosa esta asociación de

dos ideas antitéticas que representan lo más alto y lo más bajo en la escala de los valores coloniales; pero es que para un buen cristiano, como sin duda lo era Coreal, las grandes víctimas del régimen español en América eran los dueños legítimos, es decir, los indios, y el señor que encarnaba la autoridad suprema, es decir, el rey.

Sus observaciones sobre la mentalidad del indio son tan finas que más parecen opiniones de un sociólogo moderno que de un aventurero de los días coloniales: "Los indios son en extremo mansos y se nota en ellos un fondo de melancolía y de abandono que viene sin duda de la dureza de su esclavitud; por otra parte no les falta genio. Son penetrantes y sutiles. Estoy convencido que esta estupidez que aparece en ellos proviene de su miseria y no de su temperamento". (Tomo I, p. 58).

Coreal sienta en esta breve anotación dos premisas fundamentales que hoy reclaman los indigenistas: que el indio no es esencialmente inferior, y que su aparente torpeza es el producto de siglos de esclavitud y de miseria. Es decir, que su situación es consecuencia de la educación, no de la naturaleza. En otra parte anota que para muchos españoles "indio, esclavo y bestia son la misma cosa"; que el indio fue despreciado y considerado como un ser intermedio entre el hombre y la bestia.

Pondera en muchos lugares la arrogancia, la agilidad, la habilidad manual del indio, así como su destreza en los más variados ejercicios; no es el elogio literario y superficial del "buen salvaje", sino la observación de cualidades físicas y de dotes intelectuales sobresalientes e innegables. Y ¿no son acaso las ya citadas palabras de Coreal sobre los indios de la costa colombiana del Pacífico, el mejor elogio que pueda hacerse del valor del hombre americano?: "Aunque parecen muy salvajes y muy estúpidos, no por ello aceptan la violencia ni el desprecio y saben defender bien su vida y su libertad".

La observación de la tierra y la vida americana dio ocasión a Coreal para expresar algunas ideas sobre la conquista y sobre el régimen español en el Nuevo Mundo. No son sus opiniones ataques gratuitos contra los conquistadores sino apenas quejas motivadas contra un sistema y contra unos procedimientos que no pueden menos de indignar al hombre civilizado. El capítulo X de los "Viajes", "De las causas de la decadencia de los españoles en las Indias Occidentales", está lleno de conceptos atinados cuando no profundos. Anota como causas del fácil triunfo de los conquistadores sobre los aborígenes la artillería y la disciplina militar.

Discípulo espiritual de Las Casas, de Francisco de Vitoria, de todos aquellos que han censurado las

arbitrariedades del régimen español en América, critica con arrogancia y franqueza los desmanes de conquistadores, encomenderos y oficiales reales que tan aviesa y torpemente interpretaban las órdenes de la corona. "La autoridad real —escribe— se encuentra despreciada por los oficiales reales, a causa del alejamiento del príncipe y las leyes son interpretadas según el interés de estos funcionarios". Preocupado por el bienestar de la colonia y el prestigio de la metrópoli, anota con justicia: "La excesiva dureza de los Corregidores que ha hecho desertar tantos desgraciados, debilita también el poder real en el Nuevo Mundo, pues de un lado estos tiranos agotan a los pobres indios por sus exacciones y de otro anulan la justicia, aceptando presentes, vendiendo la misma justicia al mejor postor y dando razón al que mejor pague".

Pocas veces en la historia colonial se había hablado con tanta sinceridad y con tan sólidos argumentos. Las consecuencias de la mala administración, de la crueldad y la tiranía son múltiples: en primer lugar el empobrecimiento del país que hace precaria su defensa; la penuria fiscal entorpece la guarda de los puertos e impide que el ejército esté suficientemente preparado y armado; el descontento de los americanos a quienes en los momentos iniciales de la conquista se trató de destruir "de suerte que muchas de estas naciones que al comienzo eran amigas de los españoles se convierten luego en feroces enemigos"; el descrédito de la autoridad, pues, según las palabras mismas de Coreal, quienes asolaron las tierras americanas "aminoraron la autoridad del rey e impidieron por su mala conducta todo lo bueno que podía esperarse de la amistad de sus habitantes".

Pero la consecuencia definitiva sería la insurrección, la revuelta y la independencia, que si bien solo deberían efectuarse más de un siglo después de su viaje, Coreal prevee con profética claridad: "Es pues, muy seguro, que estos pueblos nada mejor pedirían que sacudir el yugo de la servidumbre, bajo el cual gimen ellos ahora como sus antepasados en otras épocas". (Tomo I, p. 135).

Hablando de los indígenas de Quito menciona la opinión de "un español muy informado en estas materias, don Pedro de las Fuentes", quien decía a Coreal que "la negligencia y avaricia de los españoles serían un día causa de la pérdida de América"; y agrega: "¿Cómo es posible que un puñado de gentes conserven los vastos estados de las Indias Occidentales contra los millones de enemigos idólatras o heréticos, sin hablar del odio y la envidia de los criollos que, aunque lleven en su mayor parte nuestra misma sangre, no dejan de odiarnos casi tanto como los indios, porque nosotros los despreciamos. Somos considerados por los indios como tiranos y usurpadores y por los criollos como extranjeros. Si los unos y los otros pudieran ponerse de acuerdo hace tiempo que nos hubieran despachado para España; pero espero, para el bien del rey, que no se entenderán jamás".

Sus opiniones no se limitan al problema interno de España sino que adquieren categoría internacional al relacionarlo con la posible política de otras naciones: "Es por otra parte providencial —sigue diciendo— que los demás pueblos de Europa no aprovechen nuestro desorden y nuestra mala conducta; pues cuántos lugares débiles no existen en América propios para el establecimiento de colonias por medio de las cuales se podrían introducir en las tierras que poseemos, lo que significaría el fin de nuestro negocio". El comentario final representa una crítica a la administración española y al comercio colonial: "Veo sin embargo que aún sin esto los extranjeros aprovechan más que nosotros del comercio que hacen en nuestras tierras. Sólo les queda acabar de destruirnos con nuestras propias riquezas y esto es lo que harán muy pronto, si Dios no detiene sus avances y si el rey no pone orden en todo esto".

Por fortuna no son más prudentes las demás naciones de Europa, y Coreal, como buen español, critica sus propias instituciones, pero no olvida tampoco las ajenas: "Es cierto que es una fortuna para nosotros que los otros pueblos de Europa no se manejen mejor que nosotros con los indios que subyugan. Tienen ellos el mismo apetito que los españoles por el oro y la plata del Nuevo Mundo y esta pasión desorbitada es causa de que los pueblos de América desconfíen tanto de ellos como de nosotros".

Los apartes transcritos son sin duda alguna, una de las más sagaces interpretaciones del secular conflicto colonial que debería estallar solo cien años más tarde; quien así habla no es solo un observador inteligente sino un político perspicaz y el calificativo aparentemente ditirámico de "filósofo viajero" que le hemos dado se justifica plenamente.

En realidad ninguna otra voz en su tiempo expresa con más claridad el problema americano, si exceptuamos a aquel pintoresco Marqués de Varinas, don Gabriel Fernández de Villalobos, que por los años de 1685 escribió sus "Vaticinios de la pérdida de las Indias", uno de cuyos capítulos lleva este título que nos ahorra todo comentario: "Que todos estos daños de codicia en las Indias y en los demás dominios de V. M. acaban con ellas y se pueden llevar tras sí la monarquía, por razones de Estado". No debemos olvidar sin embargo, para curarnos en salud, de quienes solo ven en Coreal un vulgar plagiaro, que el memorial de Fernández de Villalobos sólo fue publicado a fines del siglo XIX (19).

Lo que en Coreal es apenas esbozo de una opinión y esquema de una situación que él captó en todo su dramatismo, en el Marqués de Varinas es alegato sistematizado, ordenado y preciso. El uno es un viajero que observa, el otro un político que interpreta, profetiza y aconseja; pero en los dos

brilla el mismo espíritu crítico, la misma angustia patriótica e idéntico sentimiento de justicia.

Coreal se muestra pesimista respecto al porvenir de América; no es sólo el peligro de una insurrección, de la "pérdida de las Indias", sino también de su definitivo estancamiento: "En fin, los abusos que se cometen en este Nuevo Mundo son tan generales y tan extendidos, que sería preciso para reformarlos refundir el Cuerpo Civil y el Cuerpo eclesiástico, todos los religiosos, sin excepción. Pero como hay pocas posibilidades de efectuar esta reforma, no dudo que los negocios de las Indias irán en continua decadencia".

El proceso Social de América fue, pues, comprendido por Coreal con tanta clarividencia y sintetizado con tan exacta precisión que sorprende en un hombre de pocas letras cuya vida fue un continuo peregrinar en compañía de corsarios y piratas; pero la realidad americana le dio la clave de su problema político: la mala administración debería traer como consecuencia la decadencia del régimen colonial, el debilitamiento del poder central y por último la independencia de las posesiones españolas. Es un proceso claro, lógico y evidente; sin embargo no son muchos los observadores de la vida colonial americana que lograron entenderlo y expresarlo en forma tan directa y objetiva.

Pero Coreal no estudió solamente al español sino que se preocupó del problema americano en conjunto, como antes se ha visto, y comentó brevemente, como conviene a su índole de viajero, la mentalidad de otras clases sociales. En verdad es severo en sus juicios y no escatima las censuras, criticando abiertamente la pereza, el descuido, el desorden de los criollos y su pueril orgullo; tiene duras palabras para calificar la falsa piedad de los americanos al tiempo que anota lo superficial del cristianismo indígena. Por este aspecto su obra es valiosa fuente para el estudio de las costumbres, sobre todo de las malas costumbres americanas.

Nota característica de Coreal es su anticlericalismo, lo que ha hecho pensar a algunos, como veremos luego, que su nombre encubre a un protestante francés. Sin embargo su anticlericalismo es, podría decirse sin acudir a paradojas inaceptables, tan católico como español. En realidad censura al clero americano lo que sería digno de crítica por parte del más ortodoxo y fiel católico; pero no deja de reconocer la obra civilizadora de la Iglesia y de ponderar con nobles palabras la labor de algunas comunidades como la de los jesuitas.

Al hablar de la Universidad de México dice que no está capacitado para juzgar sus progresos, y agrega: "solamente sé que no hay nadie más ignorante que un sacerdote, monje o religioso ame-

ricano, excepción hecha de los jesuítas que son incomparablemente más ilustrados y quienes guardan también con más circunspección la buena conducta que exige la Religión”.

Analizando la mala administración de estos reinos culpa al clero de buena parte de las irregularidades que anota, y comenta: “No son de ningún modo instruidos y sólo saben algunas palabras de latín que aplican en toda ocasión, bien o mal. No hacen uso ninguno de la lectura y toda su ocupación consiste en barajar las cartas, tomar chocolate y visitar sus diócesis pero no para la instrucción de las almas, sino para tratar de estafar algo a los pobres indios, a más de los diezmos y las rentas anuales”.

Refiriéndose a la vida intelectual de los criollos, que juzga, no por las excepciones que las hubo muchas y brillantes, sino por el común del pueblo, escribe: “Les está prohibido tener libros. Solo hay muy pocos en los países de la dominación española, excepción de los de Horas, Misales y Breviarios que son para los eclesiásticos. Estos dicen al pueblo que todos los libros “de los franceses e ingleses” son heréticos y que deben ser arrojados al fuego. Pero no todo es anticlericalismo en su obra, aunque sí es notoria su mala voluntad para con el clero indiano.

Pero, conviene repetirlo, no es un ateo ni un hereje; respeta la religión y vapulea sin misericordia a sus ministros indignos, exaltando a quienes saben cumplir su alto ministerio: “Confieso —escribe— que hay misioneros de buena fe que se consagran a la gloria de Dios y a la salud de las almas de los idólatras. Estos son poco numerosos”. Y hablando de las misiones guaranícas estampa estas palabras que encierran un sincero elogio de los misioneros de la Compañía: “Parece imposible que gentes que sólo tienen como arma un Breviario y un Rosario, que lo único que pueden dar es el Agnus y que combaten la ferocidad de los salvajes con el solo signo de la Cruz, puedan vencer más pueblos que los cañones. Es sin embargo seguro que ellos han convertido al cristianismo numerosos salvajes” (Tomo I, p. 226).

Ya el Abate Prevost que tanto aprovecharía el relato de Coreal, comentó en términos severos su anticlericalismo: “Es de justicia observar que por más español que él tenía a honor de ser, el largo trato que había tenido con los filibusteros ingleses no le hacía ver siempre las cosas por el aspecto más favorable a la religión y a sus ministros”, y glosando algunas de sus observaciones dice que son “un rasgo de pura malignidad que no está sostenido por ninguna prueba”.

Sin duda alguna Coreal exagera sus críticas, las generaliza y repite con excesiva frecuencia; pero aunque es posible que haya en esa actitud algún resentimiento personal, no hace en el fondo más,

que exponer con exceso de virulencia una situación anormal, de que se ocuparon también con apostólico espíritu de reforma figuras altísimas de la Iglesia y que encontraría pocos años más tarde expositores tan autorizados y de tan insospechable ortodoxia como Jorge Juan y Antonio de Ulloa (20).

EL APORTE ETNOGRAFICO

En el "Viaje de las Indias Occidentales" encontramos no sólo una viva pintura del paisaje americano, útiles noticias sobre la vida colonial y finas observaciones sociales, sino también y muy especialmente una minuciosa descripción de las costumbres de los pueblos aborígenes; Coreal es en verdad un etnógrafo poco común; sus apuntes son precisos, objetivos y detallados; no participa sino en mínima parte de los prejuicios de su tiempo y por consiguiente no falsea los fenómenos observados con comentarios impertinentes. Describe lo que ve, relata lo que oye valorando con fino sentido "moderno" lo que es substancial; pero el recuento no es frío ni está despojado de calor humano; por el contrario analiza, compara y juzga; sus conclusiones no siempre son acertadas pero casi nunca son ineptas o absurdas.

No es posible relevar todos los aportes que Coreal hace a la etnografía de los países que visita en sus años de peregrinación en América; pero bien vale hacer mención circunstanciada de dos aspectos interesantes: lo relacionado con el Brasil ya que se le ha acusado de plagiarlo y su contribución a la etnografía colombiana hasta hoy casi completamente desconocida.

El Abate Prevost que con tanta diligencia consultó los cronistas y viajeros en la elaboración de su aprestigiada Historia es el primero en anotar la sagacidad de Coreal; oigamos sus palabras: "Coreal que parece ha tomado de Léry mucha parte de sus instrucciones, no deja de añadir a ellas algunas veces sus propias observaciones. Por ejemplo, reconociendo que los Indios del Brasil no tienen ninguna especie de templos o monumentos de religión, ni la menor idea del origen del mundo, pretende que no están en una ignorancia absoluta de la Divinidad, y que aún le rinden cierta especie de homenaje, levantando a menudo las manos hacia el Sol y la Luna con muestras de admiración, que explican por medio de interjecciones muy vivas. Igualmente asegura que creen en la inmortalidad del alma y que hay castigos para el delito y recompensas para la virtud".

En las ceremonias aborígenes Coreal encuentra un significado espiritual que le sugiere la existencia de una divinidad; en donde otros sólo ven barbarie, el viajero español descubre lo que hoy llamaríamos un elemento de cultura. Sigamos a Prevost: "Por último sus fiestas no dejan ninguna

duda a Coreal de que tengan conocimiento de un Ente, o de un principio superior a la raza humana. Cuentan, dice, que se juntan en ciertos días. Sus adivinos, que presiden estas concurrencias, entonan cánticos y empiezan un baile muy vivo sacudiendo sus maracas; esto es unos bastones guarnecidos de frutas huecas, y de piedrecillas, que llevan en la mano. En este movimiento y sin cesar de cantar, toman todos los concurrentes a la fiesta, que también cantan y bailan con ellos, las mismas posturas con exacta imitación. Las mujeres se agitan hasta echar abundantemente espuma por la boca. Los hombres y los niños se dan en el pecho y hacen un ruido increíble. Acabada esta primera escena descansan, o a lo menos van más despacio, suavizando asimismo el tono del cántico; pero este intermedio es muy corto. Empiezan de nuevo a danzar, con la diferencia de que se ponen en rueda agarrándose de la mano, y doblando un poco el cuerpo. El baile continúa mucho tiempo en este orden y postura, y cuando están ya todos cansados, se dividen en tres ruedas, en cada una de las cuales presenta un adivino la maraca, asegurando que de allí les habla el espíritu. Entonces toma unas cañas largas, que llena de tabaco encendido y volviéndose a diversos lados para soplar el humo sobre los bailarines, les advierte que el espíritu les infunde fuerza y valor. Esta ceremonia dura seis o siete horas lo menos. Es cierto, concluye Coreal, que supone algún conocimiento de un ser supremo, a menos que no se quiera decir que todo lo que se hace en estas ocasiones no es otra cosa que una fórmula vana, como lo he oído defender a un misionero portugués. Yo por lo menos estoy persuadido que donde quiera que hay algún viso de razón, hay también alguna idea verdadera o falsa de un poder superior a nosotros; y que si las noticias que de él se tienen no son bastante eficaces para aclarar este conocimiento, se conservan a lo menos algunos rasgos groseros, que los más brutales ajustan a su modo". (21).

La descripción de la danza que hace Coreal satisface al más exigente etnólogo, y la interpretación del orden religioso que nos da, no puede ser más atinada ni más penetrante.

Como ya se ha dicho, a pesar de la variedad y del interés de las noticias que sobre los aborígenes del sur de Colombia encierran los "Viajes a las Indias Occidentales", no han sido hasta hoy utilizadas por ningún etnólogo colombiano y jamás han sido mencionados en obras referentes a la geografía o la prehistoria nacionales. Sólo en estos últimos años el erudito investigador alemán Hermann Trimborn ha aprovechado esta fuente riquísima de informes en su excelente estudio sobre la civilización quimbaya publicado con el título "Señorío y barbarie en el Valle del Cauca".

Veintiuna citas de la obra de Coreal hace el etnógrafo alemán, minucioso conocedor de los cronistas y de otras fuentes escritas de nuestra historia primitiva; de la autoridad que reconoce al viajero español, podemos juzgar por varias anotaciones de su obra y por estas palabras sobre la

naturaleza misma de su estudio: "Teniendo en cuenta el deficiente estado de nuestros conocimientos etnográficos sobre el Valle del Cauca, he creído que mi primera labor había de consistir en un aporte de datos reales lo más completa posible e intachable desde el punto de vista de una crítica de sus fuentes". (22).

Es de lamentar que Trimborn no se refiere específicamente a Coreal, como lo hace con otros historiadores y viajeros como Cieza, Oviedo, López de Velasco, Escobar, etc., en el análisis de las fuentes. Pero en ningún caso duda de la autenticidad del relato ni lo tacha de falso o arbitrario; muy por el contrario encuentra apoyo a sus aciertos en historiadores anteriores o contemporáneos.

Coreal suministra informaciones nuevas sobre la vida familiar de las tribus del Cauca, sobre la educación de los niños, sobre las costumbres sexuales, sobre danzas y ceremonias de tipo religioso, sobre la habilidad en el manejo de las armas; aporta algunas observaciones de interés sobre el comercio, la minería, el castigo de los delitos etc.

Aunque hemos citado ya varias informaciones curiosas al seguir el itinerario de Quito a Buenaventura, bien vale la pena insistir sobre algunas de ellas.

Al hablar del paso de las mujeres a la edad adulta escribe: "Pero el retiro y el velo no cautivan largo tiempo a estas bellezas salvajes, pues se las pone muy pronto bajo el dominio de un marido. Todos estos indios de América son grandes partidarios de la naturaleza y creen que no se la debe dejar ociosa. También en cuanto al amor, ni las muchachas ni los jóvenes suspiran por el largo tiempo y no piensan en lo más mínimo en hacerse reflexiones que les impidan satisfacerlo". Atribuye a la rapidez con que los jóvenes se casan y a la facilidad que se encuentra en reunirse, la rareza de los adulterios entre los salvajes. Trimborn trae a cuento una cita de Cieza que comprueba el dicho de nuestro viajero, y además comenta: "Creemos que en este sentido el relato de Coreal también es acertado en lo que respecta al Valle del Cauca".

Igualmente reconoce Trimborn completa exactitud en esta observación referente a las relaciones entre los sexos: "En cuanto a los matrimonios no tiene demasiadas formalidades. Toda la búsqueda y toda la galantería consiste de una y otra parte son solicitarse; pues también es permitido a las jóvenes insinuar que desean a un determinado pretendiente".

De especial interés es la siguiente descripción de una danza ritual: "Danzan al son de una especie de flauta o de tubo que produce un sonido lúgubre y desagradable. Sólo sus brujos y adivinos

pueden danzar. Los espectadores y los danzantes responden al sonido de este instrumento con un zumbido muy de su agrado pero que chocaría sobremanera a nuestros oídos. Cuando danzan forman un círculo de cincuenta, sesenta y más bailarines, apoyándose sobre las espaldas unos de otros. A cada vuelta se suelta uno de ellos que entra en el círculo, hace distintas cabriolas y salta de varias maneras. LO que hay de particular en todo esto, es que cuando más sudorosos están es cuando más gustosos se echan al agua para lavarse y refrescarse”.

Sobre algunos fenómenos de inculturación encontramos en Coreal detalles curiosos y bien observados; se refiere a la resistencia de los aborígenes a la catequización, anotando que “los indios aunque bautizados siguen siendo idólatras y adoran las imágenes de los santos como si fuesen otros tantos dioses”.

Sobre la religión de los habitantes de Tierra Firme, escribe: “Parece que adoran el Sol, o que lo reconocen a lo menos por su principal deidad, porque por otra parte no tienen templo, ni culto. Allí se envían misioneros que convierten, según se dice, setecientos u ochocientos indios a un tiempo; de suerte que desde que van, todos estos países deberían ser absolutamente cristianos; y sin embargo —concluye con tanta razón como sorna— el cristianismo de Tierra Firme no es muy nombrado en el mundo”.

Relata la destrucción de los ídolos que tantas discusiones produjo en su tiempo y sigue aún suscitando: “Los sacerdotes y los monjes tienen gran cuidado en destruir todo lo que queda de monumentos indígenas. Dicen que estos monumentos sirven para conservar el recuerdo de la idolatría”.

Encuentra un antecedente en la historia de España y se adelanta a la opinión que la posteridad debería tener sobre esos hechos: “El Cardenal Cisneros era del mismo gusto, cuando hizo destruir con tanto celo los libros y los otros monumentos de la Religión Mahometana en el Reino de Granada, sin considerar la belleza de estos monumentos”.

Anota la diferencia de valor que los americanos atribuyen a ciertas cosas en comparación con su manera de apreciarlas en Europa: “Todos estos pueblos tienen una gran pasión por una infinidad de bagatelas que vienen de Europa que entregarían con gusto gran cantidad de oro y de plata, para procurárselas”. Ya señalamos antes la sagaz observación de Coreal de que los americanos “estiman lo que se les ofrece en proporción de la necesidad que tienen de ello o del placer que encuentran en poseerlo”, lo que constituye una indirecta crítica a la valoración artificial que de

ciertos artículos inútiles en sí mismos pero altamente apreciados, se hacía en Europa, y que con las informaciones de otros viajeros sobre las modalidades de la economía aborigen no habrá dejado de impresionar a los primeros economistas (23).

No sería justo, sin embargo, callar algunos de los defectos de las descripciones etnográficas de Coreal: en ocasiones no precisa el lugar de los hechos que refiere ni menciona el nombre de la tribu o pueblo que visita, lo que resta exactitud al relato. Como todos los viajeros un poco apresurados, aunque mucho menos que los de nuestro tiempo, el español tiende a las generalizaciones con perjuicio evidente de la verdad. Pero son éstos pecadillos leves en comparación con la magnitud y trascendencia de las noticias que contiene su libro.

Por los apartes escogidos un poco arbitrariamente y que no son los únicos dignos de mencionarse, el relato de Coreal, apenas utilizado en contadas ocasiones, debe ser desde hoy considerado como un nuevo capítulo de las fuentes etnológicas de Colombia. Lo respaldan para ello las mejores condiciones del narrador y la calidad irremplazable de haber sido testigo actuante de los hechos que narra y de las situaciones que describe.

EL PRESTIGIO DE FRANCISCO COREAL

Pocos viajeros han gozado en sus días de un mayor prestigio que el enigmático español y, por extraña paradoja, pocas obras han sido olvidadas, más que la suya definitivamente. El éxito que desde su aparición acogió los "Viajes a las Indias Occidentales" corresponde a las calidades obvias del narrador, a la variedad de su relato, a la finura de sus observaciones y al número de regiones visitadas. El libro está escrito con gracia y con sencillez; seduce desde las páginas iniciales y lleva al lector, sin recursos artificiales, a través de países numerosos, lo pone en contacto con gentes diversas y le enseña multitud de cosas nuevas.

Se publica, como hemos anotado antes, en un momento singularmente propicio a la literatura de viajes; Europa encuentra en ella una evasión, la forma de satisfacer su angustia por la novedad, su profunda tendencia hacia lo exótico: es la época de Robinson Crusoe, ocho años apenas más joven que nuestro héroe, de Gulliver, cuatro años menor que él.

Pero Coreal no es maravilloso ni truculento; pocas son sus páginas escandalosas o sensacionales como la de tantos relatos de viajes desde las sabrosas crónicas de Vesputio hasta las relaciones de piratas que enriquecen las colecciones de Purchas y Hakluyt; pero es el viajero exótico, son las

costumbres desconocidas, es el mundo americano con sus pequeños misterios que mostrarían al hombre Europeo la existencia de nuevas formas de vida desconocidas e insospechadas. Coreal proporciona datos inéditos al Geógrafo y al Etnólogo, al Naturalista y al Político, al Educador y al Filósofo, y todos lo acogen jubilosamente.

Como prueba del entusiasmo con que fue recibido, bastaría repetir que en el breve lapso comprendido entre 1722 y 1738, diez y seis años apenas, se publican seis ediciones, las dos parisienses, las dos de Ámsterdam, la de Bruselas y la traducción holandesa mencionada por Eyriés. La obra comenzaría a ser consultada y aprovechada desde el momento de su aparición y las observaciones de algunos de sus lectores nos revelan un aspecto biográfico y crítico que bien vale la pena de relevarse.

Encontramos una primera mención de Coreal en el Padre Lafitau, verdadero creador de la etnología comparada, que lo juzga bastante serio para invocar su autoridad pero pone en duda su misma existencia: "Aquel que ha escrito un viaje a las Indias Occidentales con el nombre de Francisco Coreal, se expresa de esta manera respecto de los indios del Río de la Plata. (24) parece, pues, que el ilustre misionero no creía en la existencia real de Coreal; más adelante dice claramente que el autor encubre a un anónimo protestante: "El protestante —escribe refiriéndose a una bebida de la Florida— que ha publicado con el nombre de Francisco Coreal, no nos da ninguna noticia al respecto" (25). Los frecuentes y apasionados ataques que Coreal hace al clero americano condujeron muy probablemente al Padre Lafitau a considerar como protestante al autor de los viajes; ya hemos visto cómo la actitud anticlerical no prueba nada y puede armonizarse plenamente no sólo con la nacionalidad pretendidamente española del autor sino también con la religión que confiesa profesar.

El relato de Coreal es utilizado en buena parte en dos de las más considerables colecciones de viajes publicadas en la primera mitad del siglo XVIII: la del erudito inglés John Harris en la edición que dirigiera John Campbell, "Navigatium atque Itinerantium Bibliotheca" (26) y la alemana ya citada de J. J. Schwabe publicada entre 1747 y 1774. Los dos compiladores elogian sin reservas la obra del viajero español.

Sería luego el insigne Buffon quien aprovecharía la obra de Coreal para ilustrar numerosos ejemplos de su Historia Natural; las citas de Buffon son repetidas y en ninguna de ellas se pone en duda ni la autenticidad del relato ni la existencia del viajero (27).

Igual actitud encontramos en la curiosa obra de Boulanger sobre las religiones primitivas, publicada en 1768 (28).

Coreal es ampliamente utilizado en la prestigiosa colección de Poncelin sobre las ceremonias y costumbres religiosas de los pueblos del mundo, que apareciera en 1783 ilustrada por Bernard Picard (29).

El ilustre y olvidado americanista italiano Conde Juan Rinaldo Carli no sólo acude al testimonio de Coreal en las páginas invaluables de sus "Cartas americanas", sino que nos da un breve pero substancioso juicio crítico al calificar al autor de los "Viajes" con las siguientes palabras: "El más paciente y el más exacto observador de todos los que han viajado por esas regiones" (30).

No es menor la acogida que en su "Biblioteca Universal de Viajes", le dispensa Boucher de la Richarderie con esta ponderada y justa apreciación: "Esta relación sólo es un bosquejo, pero es satisfactoria por diversos aspectos, especialmente en lo que concierne a México sobre el cual solo tenemos un pequeño número de viajes algo instructivos" (31).

La influencia de Coreal sobre Juan Jacobo Rousseau es uno de los aspectos más interesantes de la personalidad múltiple del viajero español; en las notas al "Discours sur l'origine de l'inégalité", al hablar de los distintos tipos de alimentación entre hombres y animales, dice Rousseau que en tiempos preclásicos los hombres se alimentaban de frutas y legumbres y no comían carne. En apoyo de su tesis escribe: "Francisco Coreal es testigo entre otros de que la mayor parte de los habitantes de las Lucayas que los españoles transportaron a la isla de Cuba, a Santo Domingo y a otros lugares, murieron por haber comido carne" (32).

Esta cita aparece en todas las ediciones francesas del "Discurso" y no deja de ser curioso observar que la traducción española de I. López Lapuya, que pretende ser hecha sobre la de Dresde de 1755, omite la mención del viajero español por considerarse quizás, con un exceso de suspicacia, que entrañaba una indirecta crítica a los conquistadores españoles (33).

Las menciones de Coreal se repiten en el texto del discurso al tratar de los caribes, de los aborígenes del Brasil, etc. Pero aún no está claro si la influencia fue directa o a través de la obra de Prevost ampliamente conocida por el autor del "Emilio", o bien recogiendo las referencias numerosas de la Historia Natural de Buffon igualmente consultada repetidas veces.

Jean Morel que ha estudiado minuciosamente las fuentes de Rousseau dice que la influencia es muy vaga y anota que varias citas atribuidas a Coreal no se encuentran en su libro; es posible que Rousseau hiciera las citaciones de memoria confundiendo los autores (34).

En todo caso, los viajes de Coreal fueron conocidos del filósofo ginebrino y seguramente aprovechados; lo comprueban así las repetidas alusiones y sobre todo cierta identidad entré la idea que Coreal tiene del indio americano y los conceptos rusionianos; el elogio del aborigen, la exaltación de sus dotes naturales, de su valor, de su independencia, así como el contraste entre el salvaje y el llamado civilizado, relacionan estrechamente a los dos personajes, y hacen de Francisco Coreal uno de los precursores más esclarecidos del movimiento ideológico-literario que abogó por el regreso a la naturaleza y enalteció la imagen romántica del "Buen Salvaje".

Alfonso Ariños de Mello Franco en el excelente trabajo que consagró al indio brasilero y la revolución francesa, se ocupa brevemente de Coreal al referirse a las fuentes brasileras de Rousseau; para Mello Franco que poco aprecia, como veremos luego, al viajero español, Rousseau pudo inspirarse no en los "Viajes a las Indias Occidentales" sino en su fuente principal sobre el Brasil, es decir, en el clásico relato de Jean de Léry. Según la gráfica expresión de Mello Franco, "mais uma vez o calvinista cumpria o seu destino de servir de vacca leiteira para es falsos eruditos e imaginosos viajantes" (35).

Pero Coreal no plagia, completa simplemente sus observaciones personales con relatos anteriores para dar mayor unidad a la narración y por lo general anota cuidadosamente cuáles son las impresiones propias y qué noticias han llegado a su conocimiento por otros medios. Buena muestra de ello la tenemos en los comentarios hechos precisamente en relación con los aportes etnográficos de Coreal sobre costumbres religiosas del Brasil.

Pero el gran divulgador de Coreal en el siglo XVIII fue el Abate Prevost en su famosa "Histoire Générale des Voyages" que tan amplia acogida merecería en Europa, así en las varias ediciones originales como en sus numerosas traducciones. Prevost utiliza a Coreal citándolo fragmentariamente o siguiendo de cerca su relato, en buena parte de los viajes por el Nuevo Mundo, desde México y Guatemala y el "Istmo de las Américas", como entonces se decía, hasta Quito, el Perú y el Brasil; inserta además todo el interesante y curioso "Rumbo por tierra desde Quito a Panamá por el Popayán".

Al iniciar el resumen de sus viajes, escribe Prevost: "Las observaciones innumerables de este viajero, y la inmensidad de sus viajes en las dos partes del Continente de la América, nos han dado

ya varias ocasiones de emplear su testimonio. El mismo nos dice con una modestia singular, que habiendo nacido en Cartagena de España, y excedido su pasión por los viajes a las representaciones de sus padres, dejó su patria a la edad de diez y ocho años, con tan débiles recomendaciones, que no le hicieron salir de la clase de "aprendiz de marinero". El 19 de mayo de 1666 se embarcó en el puerto de Cádiz, para pasar a las Islas Españolas, y la inclinación a la libertad lo puso muy pronto entre los filibusteros ingleses, que no le dejaron pasar una vida muy inocente. Después, habiendo madurado, los años su razón, empleó una parte de la hacienda, que había ganado, en hacer viajes útiles, cuyos frutos se han visto particularmente en sus observaciones sobre México" (36).

En el siglo XIX comienza a declinar la influencia de Coreal; su obra se hace rara aunque sobrevive en las antologías de viajes ya citadas; aparecen sin embargo sus primeras noticias biográficas y, sobre todo, se inicia la polémica sobre su obra, o más exactamente, la diatriba contra ella que contribuiría eficazmente a su injusto olvido.

EL PROBLEMA DE FRANCISCO COREAL

El primer biógrafo de Coreal es el erudito Geógrafo francés Juan Bautista Benito Eyriés, fundador de la Sociedad de Geografía y Miembro del Instituto de Francia, traductor de Goethe y, además, entusiasta americanista. Ensayó, a base de las noticias comunicadas por el mismo Coreal en su viaje, una breve noticia que figura ya en la primera edición de la Biografía Universal de Michaud de 1813 y que se repetirá en la edición definitiva (37). Una traducción española, sin modificación ninguna, aparecerá en la versión castellana del Diccionario de Michaud publicada en Barcelona en 1831 por don Narciso Oliva (38).

Eyriés termina su síntesis biográfica con estas palabras: "El gran número de países visitados por Coreal y la larga permanencia en cada uno de ellos, hacen la lectura de sus viajes en extremo interesante. Se encuentran allí una serie de detalles, tanto más curiosos, cuanto que se refieren a regiones sobre las cuales solo tenemos hasta ahora muy pocas noticias positivas. Coreal entretiene poco al lector con el relato de sus aventuras personales y se ocupa particularmente de escribir sobre lo que ha visto. No se le puede reprochar ningún error importante; si sus observaciones no son profundas, son por lo general juiciosas".

La noticia de Eyriés ha servido de guía a otros muchos diccionarios biográficos; sin embargo, a medida que avanza el siglo XIX la biografía se acorta, como otra piel de zapa, de modo que parece que se fuera midiendo por líneas la sombra de olvido que va cubriendo a Coreal y a sus Viajes.

Pero si la preocupación biográfica disminuye, aumenta por el contrario la inquietud crítica y se inicia la polémica sobre la autenticidad y el valor del relato. Ya Eyriés lanza la especie sin aceptarla, simplemente como una opinión: "Como no se conoce el original español se ha pensado que alguien tomó el nombre de Coreal para publicar un resumen de documentos extraídos de diversos viajeros que escribieron sobre América". En la segunda edición de la "Biographie Universelle", la anotación de Eyriés merece una glosa de Dezos la Roquette, que es cuando menos impertinente; escribe el comentarista que en apoyo de la tesis está el hecho de que Herrera en su "Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y tierra firme del mar Océano", no cita a Coreal. Dezos la Roquette, respetable Geógrafo, debería saber que la obra del cronista de Indias apareció en Madrid en 1601, es decir, nada menos que 47 años antes del nacimiento de Coreal. Mal podía figurar en ella el autor, cualquiera que fuese del "Viaje a las Indias Occidentales", publicado —no debemos olvidarlo— en 1722.

El Diccionario de Ménard y Desene es más prudente y no saca consecuencias apresuradas; se limita a decir: "No se conoce el original español". Y luego comenta: "Esta relación es muy interesante" (39).

El hecho de que el relato de Coreal apareciera acompañado de otras narraciones de viajes, indujo en error a varios bibliógrafos que tomando el todo por una parte aplicaron al texto del español una calificación que en realidad correspondía a la obra completa; tal ocurre, por ejemplo, con el francés Marchand, a quien corrige adecuadamente Rich, y con el inglés Dibdin, tácita y burlescamente citado por Rich (40). Dibdin lleva su mala voluntad hasta declarar que los Viajes de Coreal son una traducción del diario holandés del Capitán Abel Jansen Tasman, que no son en realidad, como hemos visto, sino una de las partes de la obra, perfectamente delimitada.

Pero el gran denigrador de Coreal es el geógrafo francés, ilustre por muchos otros títulos y a quien debe el americanismo no pocos aciertos, Ferdinand Denis. La noticia biográfica del viajero español que inserta en la "Nouvelle Biographie Générale" publicada por Firmin Didot bajo la dirección del doctor Hoefer, es un agrio y gratuito panfleto contra el autor de los "Viajes" (41). No le concede crédito ninguno, lo trata desdeñosamente como si tuviera personalmente motivos de enemistad para con él; pone en duda la existencia de Coreal con un argumento por demás pintoresco: el hecho de que se retirara a Cartagena a vivir en la religión de sus padres, después de haber pintado con los peores colores el libertinaje del clero y de los monjes de América; para el geógrafo francés es inverosímil esa aparente antítesis, que es un hecho corriente en la vida española, no sólo para quienes han criticado a los ministros del culto, como Coreal, sino aún para quienes han vivido en

permanente actitud de ateísmo; el arrepentimiento es una característica del español y se necesita ignorar a fondo el carácter de este pueblo para considerarlo siquiera como sospechoso. Recordemos tan solo las últimas palabras del más español entre todos, arrepentido no por ateo que siempre temió a Dios, sino por loco: "Yo fui loco, y ya soy cuerdo: fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano". Bien pudo el cartagenero, después de sus aventuras en Indias, de su feroz anticlericalismo, de su sociedad con piratas y heréticos, repetir las palabras de su ilustre compatriota e implorar el perdón, esperando la muerte, como lo hace, en el santo temor de su Dios y su Rey.

Si su anticlericalismo no es argumento contra su condición de español, tampoco lo son sus ya citadas censuras a España; pero si aceptáremos este criterio ¿de dónde lo haríamos originario cuando por parejo reparte sus críticas a todos los países europeos? Y esta no es una de las menos atrayentes facetas de su personalidad.

Aunque convive durante largos años con los ingleses y visita sus territorios en el Nuevo Mundo, critica ampliamente sus discutibles actuaciones comerciales; del gobierno de Jamaica dice que "estaba tan visiblemente en relación con los piratas que hubo aún ingleses que amenazaron con quejarse a Inglaterra, alegando con razón, que robos semejantes destruían la seguridad del comercio, la buena fe que debe existir entre cristianos y hasta los deberes de humanidad", y agrega más adelante: "Porque en estas ocasiones los ingleses no son los menos ardientes en pillar, ni los menos crueles en maltratar a los españoles que caen en sus manos".

Refiriéndose a la antigua prosperidad de Santo Domingo, escribe: "Pero las cosas han cambiado para el comercio desde hace varios años; sea por los establecimientos de franceses que poco a poco han descubierto el secreto de aprovecharse de nuestra negligencia, sea por las humillaciones sufridas por las guerras y por parte de los aventureros. Los franceses sobre todo nos han hecho mucho mal".

Pero Coreal no es ingrato; aunque ha sido testigo de las intrigas tramadas contra su rey, manifiesta su gratitud y admiración por los ingleses y holandeses con quienes aprendió muchas cosas útiles. Traza finalmente un cuadro poco halagador de los holandeses quienes, según sus propias palabras, "sólo tienen talento para el comercio" y termina con esta comparación que mucho debió gustar a los ideólogos de su tiempo: "No encontré salvajes más ordinarios en América que los habitantes de

las islitas de Holanda, ni que tuvieran maneras más desagradables ni más rudas”.

No contento con negar la existencia de Coreal, agrega Denis: “El viaje que nos ha llegado bajo su nombre y que ha gozado de cierto crédito ha sido hecho sobre “memorias” como se decía entonces; y el ingenioso escritor al cual lo debemos, no ha sido ni suficientemente instruido ni suficientemente hábil para disfrazar sus préstamos”.

Que Coreal sea original ciento por ciento, no es posible afirmarlo; ya anotamos como en alguna ocasión copia a Léry, pero afirmar que toda su obra es hecha a base de plagios es desconocer totalmente la historia de los relatos de viajes a América; coincide, es cierto, con muchos viajeros, lo que es lógico y natural; repite necesariamente, —y lo harían otros después— la descripción de ciudades tan visitadas como México, Lima o Cartagena; pero toda su relación produce la impresión de lo vivido, de lo inmediato, de lo personalmente conocido; si la descripción material no es siempre novedosa, las opiniones que el viaje le sugiere, que el trato con las gentes y el contacto directo con los países le inspiran, no pueden ser ni copia de autores anteriores ni invento de algún desocupado y mediocre compilador. Se puede atacar su ortodoxia como lo hace el Padre Lafitau, discutir algunos detalles, censurar algunas exageraciones, pero negarle el mérito de su relato a base de argumentos tan frágiles como los de Denis, es un imperdonable error de crítica histórica.

Para acabar de convencernos agrega Denis que León Pinelo no tiene informes al respecto; el error no puede ser más grosero: El “Epítome de una Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica” aparece en 1629, casi cien años antes que los “Viajes” y la nueva edición de don Andrés González Barcia, que se limita a completar la obra, menciona a Coreal, y nada prueba el hecho de que no haga ningún comentario.

Sin embargo las sugerencias de Marchand, las impertinencias de Dibdin y la apresurada crítica de Denis, se han abierto amplio camino; Coreal pierde terreno cada día y hasta serios historiadores y eruditos bibliógrafos niegan su existencia, o cuando menos ponen en duda la autenticidad del relato.

Graesse repite que el original español no ha existido nunca y que esta relación no es sino la obra de un ingenioso compilador (42).

La noticia que inserta don Juan Salá en su "Diccionario Biográfico Universal" (43) y que sin rubor ninguno copia, a la letra setenta años después, el "Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano" (44) termina con estas palabras: "Las muchas inexactitudes que en él se encuentran han hecho dudar de la existencia de Coreal, creyendo más bien algunas personas que dicho nombre encubre el de un autor que ha hecho su libro con noticias tomadas de otros".

No es más novedoso el "Diccionario Salvat" que se limita a declarar que "la relación de sus viajes es considerada por algunos críticos como novelesca" (45).

Luis Grégoire acepta la tesis de que Coreal, "no obstante sus correrías por el Nuevo Mundo, Brasil, la Plata, Tucumán, Uruguay, etc., y no obstante la indicación de haberlas verificado desde 1685 a 1707, es posible que no sea sino un viajero imaginario"

Joseph Sabin consigna la opinión corriente según la cual el desconocimiento del original español ha conducido a la negación de la existencia del autor; cita, sin embargo, la opinión contraria de Rich (47).

"The Encyclopedia Americana" es bastante contundente: "The book abound in errors and is probably a compilation" (48); y el Larousse du XXme. Siécle" sugiere que "Los Viajes de Francisco Coreal a las Indias Occidentales no son quizás la obra de quien las ha firmado" (49).

Entre los pocos autores que citan a Coreal merecen mencionarse el ya citado Alfonso Ariños de Mello Franco y el norteamericano C. H. Haring. Mello Franco es un aprovechado discípulo de Denis; pero su antipatía por Coreal es explicable, ya que el viajero español aunque declara que los años pasados en el Brasil son los mejores de su vida, arremete contra portugueses y criollos, contra frailes y paulistas y especialmente contra las mujeres de Bahía y de Santos de quienes se expresa en términos que envidiaría la picaresca española. Aunque se dude de la autoridad de Coreal y de sus aseveraciones, que no son peores en el fondo que las de otros cronistas y viajeros, es desde todo punto de vista, inadecuada e injusta la despectiva e intraducible calificación de "alvar borrabotas" que le endilga el Sociólogo brasileño (50).

En su excelente estudio sobre el comercio y la navegación entre España y las Indias, escribe Haring, refiriéndose a Panamá: "Sábase de cierto que no había jardines en la ciudad, ni nunca pudieron existir las calles amplias, hermosas y simétricas, tales como dice que eran en la segunda mitad del siglo XVII, el francés Francisco Coreal que probablemente nunca visitó la población" (51).

Atribuirle la nacionalidad francesa a Coreal por el solo hecho de haberse publicado su obra en esta lengua, es cuando menos apresurado; respecto a Panamá habría mucho que decir en defensa del aserto de Coreal; pero basta recordar a Antonio de Ulloa que dice: "Las calles de la ciudad y del arrabal son derechas, anchas y están empedradas" (52); por otra parte el aspecto de la ciudad sufrió cambios de consideración sobre todo como consecuencia del terremoto de 1737; oigamos a Alcedo..." hoy está reducida esta ciudad opulenta a una miserable población arruinada por la falta de comercio desde que se extinguieron los galeones que iban a Tierra Firme, y por los incendios que ha padecido en los años de 1737 y 1756..." (53).

Lo que ocurre en el fondo es que cien años de repetir la tacha de falsedad han hecho a Coreal sospechoso de toda clase de crímenes geográficos e históricos.

Pero el viajero español también ha tenido sus defensores aunque, debemos confesarlo, menos entusiastas que sus gratuitos o interesados detractores. Ya mencionamos los elogios de Carli, Prevost y Boucher de la Richarderie. No han sido los únicos. Bibliógrafo tan escrupuloso como Obadiah Rich, no vacila en afirmar que "Parece que no hay razón para dudar de la identidad de Francisco Coreal o del hecho de que visitó los distintos países que describe. La única razón de tal duda proviene de que la obra jamás fue impresa en español y de que el editor francés no hace mención ninguna de la fuente de la cual obtuvo el original" (54).

Esta ha sido en realidad la única base de la falsedad atribuida a los Viajes; el original español, si existió, nunca ha sido publicado y hasta hoy permanece oculto; el carácter mismo del relato, sus críticas al régimen español, su "vaticinio de la pérdida de las Indias", su extremado anticlericalismo, justifican plenamente que no se haya publicado en España. Pero no se trata de un caso excepcional; algo semejante ocurrió con obra tan trascendental y de tan alto origen como las "Noticias Secretas de América", publicadas noventa años después de escritas y en tierra extranjera. El que haya sido publicado en otra lengua tampoco es excepcional: basta mencionar "The Whole and True discovery of Terra Florida", traducido del manuscrito francés de Jean Ribaut y publicado en Londres en 1563; y en épocas más recientes son ejemplos de excepción las versiones francesas de originales españoles, muchos de ellos perdidos, de Henri Ternaux —Compans (55); aún en nuestros días la obra fundamental por varias centurias oculta, de Antonio Vázquez de Espinosa, aparece primero en la versión inglesa de su erudito descubridor Charles Upson Clark(56).

No es posible concluir sobre cosa tan seria como la existencia de un hombre o la autenticidad de una obra, a base de hechos negativos, de suposiciones aventuradas, de hipótesis sospechosas.

Otro sabio bibliógrafo, el mexicano don Mariano Beristain de Souza, que conoció a Coreal, cita su parecer sobre la Universidad de México y la ignorancia del clero; pero ni lo contradice, ni lo discute; se limita a comentar: "Risum teneatis, amici" horaciana reacción de buen humor que en todo caso indica que el sabio mejicano no dudaba de la existencia de Coreal ni de la autenticidad de su relato (57).

La Enciclopedia Espasa", tan minuciosa en todo lo que a España se refiere, sólo consagra unas pocas líneas a Coreal, pero reacciona contra la tendencia a desconocer su existencia y a negar el valor de su obra, con estas palabras: "Alguien ha pensado que Coreal era sólo el seudónimo usado por un autor desconocido, que no era el verdadero viajero, pero esta creencia no se basa en ningún dato fundamentado. Algunos críticos tachan de novelesco aquel relato" (58). Sobre si Francisco Coreal existió o no, es asunto que no nos corresponde esclarecer; ahí está su libro: un pequeño volumen que surgió a la vida en compañía de otros relatos de viajes jamás desmentidos, extranjeros los unos, españoles los otros.

Es un libro sincero, excesivamente en ocasiones; escrito por un hombre libre; un relato sencillo, ameno, lleno de noticias valiosas, muchas desconocidas, todas interesantes. Un documento humano, humanamente escrito, sobre una de las épocas más ignoradas y más apasionantes de la historia de América. Por sus páginas desfilan los indios, los criollos y los españoles; a cada uno se le juzga de acuerdo con sus obras. Se encarece la virtud y se condena el vicio: es, pues, un libro justo. Relata historias pintorescas, aventuras extraordinarias, escenas exóticas, extrañas costumbres: es, pues, un libro interesante. Se ocupa del pasado del Nuevo Mundo y trata de avizorar, en ocasiones con profética visión, su futuro: es, pues, un libro útil. Sobre su autor que aparece en esas páginas como hombre franco, honesto, tolerante, curioso, inteligente y perspicaz, sólo nos queda su propio testimonio: algunos lo aceptarán como bueno; otros lo negarán como sospechoso. ¿Dónde está la verdad? Bástenos decir parodiando al comentador de Homero: Francisco Coreal no existió. Los "Viajes a las Indias Occidentales" son la obra de un desconocido viajero español del siglo XVII que se llamó Francisco Coreal!

BIBLIOGRAFIA DE FRANCISCO COREAL

- (1) Voyages de Francois Coreal aux Indes Occidentales, contenant cequ'il y a vu de plus remarquable pendant son séjour depuis 1666 jusqu'en 1697. Traduits de l'espagnol avec une Relation de la Guiane de Walter Raleigh & le Voyage de Narborough a la merdu Sud par le détroit de Magellan. Tr. de l'anglois. Ámsterdam, J. P. Bernard, 1722. 3 v.
- (2) Voyages de Francois Coreal aux Indes Occidentales, contenant cequ'il y a vu de plus rentarquable pendant son séjour depuis 1666 jusqu'en 1697. Traduits de l'espagnol. Avec une Relation de la Guiane de Walter Raleigh, & le Voyage de Narbrough a la mer du Sud par le détroit de Magellan &c. Nouv. ed. rev. cor. & augm. d'une nouvelle découverte des Indes Meridionales & des Terres Australes, enrichie de figures... París. A. Cailleau, 1722.2 v.
- (3) Voyages de Francois Coreal aux Indes Occidentales contenant ce qu'il y a vu de plus remarquable pendant son séjour depuis 1666 jusqu'en 1697. Traduits de l'espagnol... Nouvelle edition. A París, Chez Noel Pissor, MDCCXXII. 2 v.
- (4) Relation des voyages de Francois Coreal aux Indes Occidentales, contenant une description exacte de ce-qu'l y a vu de plus remarquable pendant son séjour, depuis 1666 jusqu'en 1697... Bruxelles, Chez, F. Foppens, 1736. 2 v.
- (5) Recueil de voyages dans l'Amérique Méridionale, contenant diverses observations remarquables touchant la Pérou, la Guiane, le Brésil &c. Traduits de l'espagnol & de l'anglois. . Ámsterdam, J. F. Bernard, 1738. 3 v.
- (6) Véase la obra fundamental del Profesor Gilbert Chinard, "L'Amérique et le reve exotique dans la littérature francaise au XVII et au XVIII siècle". Paris, Librairie E. Droz, 1934.
- (7) Bibliothèque des voyages imaginaires. Amsterdam, 1783-1787. 30 v.
- (8) Barrow, John. "A Chronological Abridgment of History of the Discoveries made by Europeans in the different parts of the world". London, 1756.
- (9) Churchill, Awunsham. "A Collection of Voyages and Travels, some now first printed from original

- MSS..." London, 1704.
- (10) Schwabe, J. J. "Allgemeine Historie der Reisen..." Leipzig, 1747 1774.
- (11) Vander Aa, Pierre. "Versameling der gedenkwaardigste Zee en Land Reysen na Oost en West Indien", Leyde, 1707. 28 v.
- (12) Montesquieu. "L'Esprit des Lois" (1748). Lib. XXVI, Cap. XXII.
- (13) Voltaire. "Alzire" Tragédie. (1736).
- (14) Marmontel. "Les Incas" Paris, 1777.
- (15) Mme. de Grafigny. "Lettres pérouviennes" Paris, 1747.
- (16) Cfr. Salazar J. Abel. "El Padre Gilij y su "Ensayo de Historia Americana". Madrid, 1947.
- (17) Cfr. Giraldo Jaramillo, Gabriel. "El Padre Juan Domingo Coleti y su Diccionario Histórico-Geográfico de la América Meridional". Sobretiro del "Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia" Vol. X, N° 1. Bogotá, 1952.
- (18) Meusnier de Querlon, A. G. Prólogo al Vol. XVIII de la "Histoire générale de Voyages..." de Prevost. Paris, 1789.
- (19) "Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar". Segunda Serie. Publicada por la Real Academia de la Historia. Tomo Num. 12. Vaticinios de la pérdida de las Indias. Madrid. Establecimiento tipográfico "Sucesores de Rivadeneya". Impresores de la Real Casa. Paseo de San Vicente, 20, 1899.
- (20) Juan, Jorge y Ulloa, Antonio. "Noticias Secretas de América". Londres. Imp. de R. Taylor, 1826. Véase especialmente el cap. IV de la II Parte.
- (21) Prevost, Francisco. "Historia general de los viajes... obra traducida al castellano por don Miguel Tarracina. Tomo XXV, pp. 65-66. Madrid: En la Imprenta del Consejo de Indias. Año 1785.

- (22) Trimborn, Hermann. "Señorío y Barbarie en el Valle del Cauca". Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, MCMX- LIX, p. 70.
- (23) Cfr. Lichtenberger, André. "Le Socialisme au XVIII siècle" Paris, 1895.
- (24) Lafitau, J. F. "Moeurs des Sauvages Américains" Paris, 1724. Tomo I, p. 335.
- (25) Lafitau, J. F. Ob. cit. Tomo II, p. 121.
- (26) Harris, John. "Navigatium atque Itinerantium Bibliotheca or a complete Collection of Voyages and Travels", London, 1744.
- (27) Buffon. "Oeuvres Complètes de Buffon". Nouvelle Edition. Paris, 1884-1885.
- (28) Boulanger. "L'antiquité dévoilée..." Paris, 1768.
- (29) "Ceremonies et coutumes religieuses de tous les peuples du Monde, représentées par des figures dessinées et gravées par Bernard Picard, at autres hábiles artistes..." (Paris) P. Laporte, 1783.
- (30) Carli, G. R. "Letres Américaines" Boston, 1788, Tomo I, p. 281.
- (31) Boucher de la Richarderie, G. "Bibliothèque Universelle des Voyages" Paris, 1808. Tomo V, pp. 504-505.
- (32) Rousseau, J. J. "Discours sur cette question proposée par l'Académie de Dijon: Quelle est l'origine de l'inégalité parmi les hommes, et si elle est autorisée par la loi naturelle?" (1755). Nota 5.
- (33) Rousseau, J. J. "Origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres" Traducida de la edición de Dresde, MDCCLV por I. López Lapuya. Madrid, s. f.
- (34) Morel, Jean. "Recherches sur les sources du Discours de J. J. Rousseau sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes". en "Annales de la Société J. J. Rousseau, Tomo V. Lau- sanne, 1910.

- (35) Arinos de Mello Franco, Affonso. "O indio brasileiro e a Revolucao Francesa" Rio, 1937, p. 305.
- (36) Prevost, F. Ob. cit. Tomo XXIII, p. 283.
- (37) "Biographie Universelle ancienne et moderne" (Michaud) Paris, 1854. Tomo IX pp. 204-205.
- (38) "Diccionario Histórico o Biografía Universal" Barcelona, 1831. Tomo IV, p. 428.
- (39) "Dictionnaire Historique, critique et bibliographique... " Par une Société de gens des lettres. Paris. Chez Ménard et Desenne, Libraires, 1821. Tomo VII, p. 424.
- (40) Rich, Obadiah. "Bibliotheca Americana Nova...", London, 1835, Tomo I, pp. 30-31. Refiriéndose a Dibdin, escribe Rich: "A certain Rev. Doctor stuck his spurs so hard into the side of his good bibliographical courser that he leapt over a good part of the title of this book, as given in Meusel, and makes out Coreal's 'Voyages' en les Indes Occidentales" Wc. to be a translation of the flemish journal of Capt. Abel Jansen Tasman. This flemish journal is merely one of the before-mentioned relations".
- (41) "Nouvelle Biographie générale" París, Firmin Didot Freres, 1946.
- (42) Graesse, J. G. T. "Trésor des livres rares et précieux; ou nouveau dictionnaire bibliographique... " Berlin, J. Altmann, 1922, Tomo II, p. 264.
- (43) Salá, Juan. "Diccionario Biográfico Universal" Madrid, 1862, p. 285.
- (44) "Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano" Nueva York, W. M. Jackson Inc. s. f. Tomo VI, p. 1057.
- (45) "Diccionario Salvat" Barcelona, s. f. Tomo III, p. 191.
- (46) Grégoire, Luis. "Diccionario Enciclopédico de Historia, Biografía, Mitología y Geografía" París, 1879, Tomo I, p. 541.
- (47) Sabin, Joseph. "A dictionary of books relating to America, from its discovery to the present

- time" New York, 1868-1936. Tomo IV, p. 539.
- (48) "The Encyclopedia Americana 1829-1950" New York-Chicago, (1950), Tomo VII, p. 690.
- (49) "Larousse du XXme. Siécle" París, 1929. Tomo II, p. 477.
- (50) Arinos de Mello Franco, Affonso. Ob. cit. lug. cit.
- (51) Haring. C. H. "El comercio y la navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos". Versión castellana de Leopoldo Landeaeta. París-Brujas, Desclée, de Brouwer, 1939, p. 214.
- (52) Citado por Prevost. Ob. cit. Tomo XXIII, pp. 101-102.
- (53) Alcedo y Herrera, Antonio. "Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales o América..." Madrid, 1786-1787. Tomo IV, p. 32.
- (54) Rich, Obadiah. Ob. cit. Lug. cit.
- (55) Ternaux-Compans, Henry. "Voyages, relations et mémoires originaux pour servir a l'histoire de la découverte de l'Amérique". París, 1837-1841. 20 v.
- (56) Smithsonian Miscellaneous Collection Vol. 102. Washington, 1942.
- (57) Beristain de Souza M. "Biblioteca Hispanoamericana Septentrional" 3ª ed. Méjico, (1947), Torrao II, p. 151.
- (58) Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana. Barcelona, Hijos de J. Espasa, Editores s.f. Tomo XV, p. 649.

